

vino y su deseo de sacrificarse por la gloria del Señor. « Tenia, dice, los pies inmóviles sobre la columna, pero la grandeza de su fé tenia su espíritu fijo en Dios, y mientras que la carne de sus pies caía en girones, su alma se elevaba con un amor, cuya rapidez igualaba á su ardor, hacia Aquel que únicamente podía estimar sus combates. Al mismo tiempo, mientras que la unión de las vértebras se habia relajado á causa de sus largas y profundas inclinaciones, su corazón se hallaba más estrechamente unido á Jesucristo por los lazos de la caridad. El fervor de su espíritu nunca se entibió por los vivos dolores que sufría su cuerpo, y á cada instante se le veía levantar al cielo sus manos con la misma actividad con que la llama se eleva á lo alto. Sufría sin abatirse la violencia de las tempestades, poniendo toda su esperanza en Dios. Veía su cuerpo cubierto de úlceras, y sin embargo, no disminuía los trabajos que le hacían sufrir. Si las largas vigiliás debilitaban su vista, su espíritu gozaba con más abundancia de las luces divinas. Su cuerpo estaba en la columna, pero su alma estaba fija en Dios: aquel estaba entre los hombres, y parecia haberse olvidado de ellos; pero su alma vivía con los ángeles. Por último, dice Cosme, á la manera que Job, abandonado á los más acerbos dolores en un estercolero, no dejaba de elevar sus oraciones al cielo, cual perfume de exquisito olor, así Simeón, que muy bién pudiera llamarse hermano y compañero de Job en sus sufrimientos, penetraba desde su columna los cielos con el fervor de sus oraciones, y atraía desde el seno de la misericordia de Dios las gracias del perdón y de la reconciliación para los hombres.

Puede también, dice el sacerdote Cosme, encontrarse otra conformidad entre él y el santo Job; pues así como el demonio recibió permiso de Dios para afligir á éste en su cuerpo, siempre que no atentase á su vida, así pudo hacer otro tanto con Simeón, como lo demostraron los efectos.

Orando un dia el Santo hacia la hora de Nona, sintió de pronto en el pié izquierdo un dolor más agudo que de ordinario, y aumentando éste progresivamente, hallóse el pié cubierto de pústulas á la hora de la puesta del sol, y creciendo éstas durante la noche, apareció por la mañana una úlcera tan horrible, que dejaba caer á tierra una cantidad considerable de gusanos mezclados de pus. El olor que despedía era insoportable, y nadie podia acercarse á la columna. Sin embargo, sufrió esta nueva prueba con la misma tranquilidad de espíritu y con la misma paciencia con que hasta entónces habia practicado todos los rigores de la penitencia. Pero la violencia de este mal debilitó de tal manera su cuerpo, que al fin de los nueve meses estaban casi extinguidas sus fuerzas, y se creía que estaba próximo el fin de su vida.

El temor de que se extinguiese esta luz del mundo alarmó á todas las ciudades y aldeas vecinas. No sólomente los legos sino los obispos, los corepiscopos y los sacerdotes corrieron en tropel y rodeando la columna, le rogaron con las más vivas instancias, ó que disminuyese la mitad de la altura de la ésta, ó que descendiese algún tiempo de ella para curar la llaga. El emperador Teodosio le escribió con el mismo objeto, y le envió la carta por mediación de tres obispos, así como también le envió á su médico para que examinase la llaga, y le aplicase los remedios necesarios.

Simeón respondió con su humildad acostumbrada á todos estos respetables personajes; pero se excusó de hacer lo que se le exigía, exponiendo que por una vocación especial de Dios habia subido á la columna y que, habiendo emprendido por amor de Jesucristo la penitencia que practicaba, esperaba de su bondad que restableciese su salud sin el auxilio de la medicina: pues el Señor, decia, que es infinitamente bueno, tiene su obra en su mano: él la conservará, ó la destruirá, según sea su santa voluntad. Apro-

vechó también la necesidad de dar respuesta y manifestar su gratitud al emperador y á las princesas, sus hermanas, para indicarle lo que consideraba conveniente para edificar su piedad, y contribuir al bién general del imperio.

Sin embargo, el mal, en vez de disminuir, se agravaba de dia en dia, y despues de ocho meses y veinte dias de dolores extremos, que sufrió sin desmentir un solo momento su ánimo y su paciencia, se aproximó el tiempo de la cuaresma, en que tenia costumbre de cerrar la puerta de su cercado, para entregarse únicamente á Dios. Los sacerdotes y todo el pueblo, temiendo que en este tiempo muriese, le rogaron que dejase abierta la puerta, para que si Dios disponia de él, pudiesen recibir sus últimos consejos y su bendición. Pero él, dejando aparecer en su rostro un santo gozo, les dijo : Dios me guarde de ser infiel durante mi vida á la promesa que le tengo hecha : procuraré hacer todo lo que esté de mi parte para no desmentirla : lo demás lo dejo á su providencia : él hará lo que á bién tenga. Si es su voluntad que yo muera, estoy á su disposición : él es el dueño soberano. Si, por el contrario, quiere prolongar mi vida, no quiero sino que se cumpla su santa voluntad. Dichas estas palabras, hizo cerrar la puerta de su columna, y se consagró enteramente á Dios.

Así permaneció durante treinta dias sin hablar á nadie, y su mal hizo tantos progresos, que parecia no quedarle más que un soplo de vida. Súpose por algunos de sus discípulos, y de nuevo se insistió en que abriese la puerta de su columna ; pero ilustrado por una luz interior, les consoló diciéndoles, que esperaba que el Señor, á quién se habia consagrado desde su juventud, le curaria muy pronto.

En efecto, hallábase al final de la cuaresma, cuando en la noche del mártes al miércoles cayó en un dulce extasis, y vió una luz fulgentísima que disipó las tinieblas, y llenó de claridad el recinto que rodeaba la columna. Al mismo

tiempo un jóven vestido de blanco ropaje, y suspendido en los aires, se le apareció, y le dijo con voz dulce y graciosa : Depón, Simeón, todo temor y toda tristeza : el mal que el demonio te ha causado vá á cesar, y tendrás el consuelo de haber triunfado de su malicia, y de haber merecido una corona en el cielo. En seguida se aproximó á él, tocó su pié, é hizo salir toda la podre, y el Santo sintió recuperar todas sus fuerzas. Cesó el dolor ; su abatido rostro recuperó su color natural : se disipó el mal olor de las úlceras, y el mal desapareció enteramente.

Había dos de sus discípulos que le servian asiduamente, y durante el tiempo de su enfermedad, uno de ellos pasaba la noche á su lado, y subido en una escala. Pero como el Santo habia conocido por una luz interior la gracia que Dios iba á concederle, advirtió el dia anterior á este discípulo que bajase de la escala, porque queria pasar solo aquella noche. Cuando llegó el dia, ambos discípulos se apresuraron á subir á la escala para saber su estado, y quedaron en extremo sorprendidos al verle enteramente bueno. Vieron su pié, y no encontraron la úlcera, y en lugar del hedor que exhalaba, percibieron un olor suavísimo. Le rogaron que les dijese, cómo se habia verificado semejante mudanza, y se lo refirió, pero á condición de que á nadie dijese cosa alguna, mientras que él viviese. Les anunció bajo el mismo sigilo las desgracias que habian de sobrevenir sobre la ciudad de Antioquía, lo que le causaba mucha amargura, y que habia pedido á Dios que se dignase suspender este azote, ó que le separase de este mundo.

Aquel mismo dia muchos obispos y sacerdotes y una multitud innumerable se reunieron en el lugar que habitaba el Santo, cual si previamente se hubiesen dado cita. Pero cual fué su admiración, cuando vieron lleno de salud al que el dia anterior estaba á punto de espirar. ? Monseñor Segundo, de quién hemos hablado en otro lugar, y que

había sucedido á su tio Juán en el patriarcado de Antioquía, celebró en aquel mismo lugar los santos Misterios, y uno de sus discípulos subió á la columna del Santo, y le dió la sagrada Comunión. Todos dieron gracias al Señor por una curación tan milagrosa, y el Santo, despues de desearles la gracia del Señor, volvió á su fervor ordinario en el combate espiritual.

Créese que no fué esta la única úlcera que tuvo el Santo en el pié, y preciso es que otra, de que habla Teodoreto y que vamos á referir, sea diferente de la que acabamos de exponer. « Un extranjero, dice Teodoreto, que vino á la montaña, le habló de esta manera : Os pido, padre mio, por el que es la verdad por esencia, que me digais si estais revestido de cuerpo como los demás hombres, ó si sois un espíritu. Los que se hallaban presentes no pudieron soportar semejante pregunta, y empezaron á murmurar. El Santo les rogó que callasen, y pidió á este hombre la razón de esta pregunta. Es, respondió, que he oido decir á muchas personas que no comeis ni dormís, lo cual no es natural. El Santo mandó entónces que le pusiesen una escala para que subiera : le mostró las dos manos, y le enseñó una úlcera espantosa que tenia en un pié. Dijole también que de tiempo en tiempo tomaba alimento, y le despidió. » Teodoreto dice que en seguida vino á referirle lo que habia visto, y que volvió á su pais publicando las maravillas de Dios, que habia visto en su siervo. Metafraste dice que este extranjero era un diácono de grande virtud, que habia venido de Rávena, atraido por su reputación.

Viniendo ahora á la curación de esta segunda úlcera de que acabamos de hablar, Dios recompensó su fidelidad y su perseverancia en el sufrimiento con favores mucho más abundantes. Los prodigios se multiplicaron, y su nombre se hizo célebre y digno de veneración en toda la tierra. Se recibían sus consejos como oráculos del cielo, y Dios ben-

decía á los que los seguían con docilidad; pero aquellos que los despreciaban experimentaban la justicia divina de una manera la más evidente. Su historia ofrece algunos ejemplos que vamos á referir muy brevemente.

Un magistrado de Antioquía, que se hallaba poseido de un espíritu de avaricia, vejaba tan cruelmente á algunos artesanos. que creyeron obtener alguna protección valiéndose de la mediación del Santo. Vinieron á verle algunos en número de trescientos, pidiéndole que escribiese al magistrado, á fin de que tuviese consideración de ellos. Hizolo así, pero este hombre duro y altanero, mirando con aire de cólera al que llevaba la carta, le respondió : Di á Simeón, que si quiere pagar con el dinero que recoge de unos y otros las cantidades que se me deben, podremos entendernos; de otra manera pondré en la cárcel á todos mis deudores, sin concederles un solo dia de dilación.

Al oír este respuesta el Santo, levantó sus ojos al cielo y dijo : Vos sabeis, Dios mio, que no poseo más que este hábito con que estoy cubierto, y que desde que abracé el estado monástico no ha caido dinero alguno en mis manos : no busco los bienes de la tierra, y os pido que perdoneis á los que me imputan el defecto contrario. En cuanto á estos artesanos, á quienes se persigue con tanta injusticia, protéjalos vuestra bondad.

Tres dias despues brilló la venganza del Señor sobre este despiadado magistrado. Su vientre se inflamó de pronto de una manera prodigiosa y le sobrevinieron dolores tan agudos, que, no pudiéndolos soportar, se retorcia sobre la tierra como un frenético entregado á la rabia y á la desesperación. Comprendió al fin de donde la venia este castigo, y despues de emplear inútilmente todos los recursos de la medicina, se apresuró á pedir perdón al Santo por su falta, y rogó á los sacerdotes que interpusiesen su mediación para obtenerlo. Simeón les dijo en un principio que era preciso

encomendarlo á Dios, y despues les presentó agua bendita, diciéndoles : Dadla á beber al enfermo : pero os hago saber que, si su conversión no es sincera, lo que solo Dios puede saber, morirá ántes que se la presenteis. Los sacerdotes volvieron á Antioquía, y al entrar en la casa supieron que el enfermo en la violencia de su dolor se habia arrojado del lecho : que su vientre se habia abierto arrojando las entrañas, y que en esta lastimosa situación habia espirado. Todos quedaron espantados con este terrible accidente, que sirvió para hacer más cautos á los demás.

La reina de los Arabes habia establecido en el pais de los Naquífalos un tribunal que desolaba la provincia con sus rapiñas y vejaciones. No pudiendo los habitantes soportar su tiranía, celebraron un consejo, en el cual resolvieron acudir á Simeón. El Santo escuchó sus quejas con mucha compasión, y envió á decir al tribuno estas palabras : Dejad de vejar al pueblo, no sea que miéntras os apoderais de los bienes de los demás, seais privado de los vuestros. Pero el inicuo oficial, que habia desterrado de su alma todo temor de Dios, en lugar de aprovecharse de tan justa reconvención, maltrató al que le habia comunicado las palabras del Santo, y le dijo : « Vuelve al que te ha enviado, y dile como te he recibido. » Poco tardó en experimentar el castigo debido á su temeridad y á sus crímenes : pues de pronto quedó seco y rígido como una vara, y no pudiendo sostenerse, cayó muerto ante los comisionados del Santo, diciendo : « Señor Simeón, tened compasión y rogad por mí. »

Viéndose Simeón importunado y como fatigado por las continuas demandas que diariamente se le hacian sobre diferentes asuntos : conmovido además por la opresión que sufría el pueblo de parte de los que le gobernaban, y viendo que estos no se aprovechaban de sus exhortaciones, determinó no escuchar más quejas, y ordenó á sus

discípulos que despidiesen á los que vinieran á presentárselas. « Dios sabe, decia, que, cuando hago alguna advertencia á los que cometen alguna injusticia, no llevo otro fin que su propia salvación ; pero puesto que las reciben mal, mejor es dejarlo á la Providencia de Dios, para que lo disponga todo según su sabiduría y su bondad infinita. Sus discípulos ejecutaron sus órdenes, y esto afligió mucho á los que venian á implorar su auxilio que hasta entónces á nadie habia negado.

Pero esto era una falta contra la perfección de la caridad que Dios le habia ordenado al subir á la columna, para que fuese el apoyo y el consuelo de los pobres y desgraciados. Miéntras que por la noche le pedia que hiciese conocer su santa voluntad, el mismo Dios se la manifestó por medio de una visión que le llenó de espanto, y le hizo ser en adelante más fiel. Vió, pues, en medio de una grande claridad un ejército de hombres escogidos, y cubiertos de brillante armadura, á cuya cabeza iban dos jefes de una estatura extraordinaria, y cuyo majestuoso continente inspiraba temor y respecto. Uno de ellos le miró con ademán severo, y le dijo : « ¿ Es así como ejecutais la orden que se os ha dado de recibir á todos los que se os presenten y demanden vuestro auxilio ? Aún no habeis aprendido á venceros, puesto que os habeis cansado de consolar á los hombres en sus tribulaciones, y rehusais socorrerles. Por lo mismo que os desagrada éste ministerio, os quitaré las llaves que se os han dado, y las conferiré á otro, para que podais morir tranquilo en vuestra soledad. »

El otro jefe de este ejército, viendo á Simeón conmovido y atemorizado, se hizo su intercesor, y dijo al primero : Yo soy su fiador, y os prometo que en adelante hará lo que se le ha ordenado. Despues volviéndose al Santo, le dijo : A vos sólomente os corresponde enseñar : Dios hará que sean eficaces vuestras enseñanzas. Haced por vuestra parte

lo que se os ha mandado, y dejad lo demás al cuidado de Dios. « Esta fué una gran lección para el Santo, de que no dejó de aprovecharse.

Después de esta visión, dos hermanos jóvenes de Antioquía se le presentaron para hablarle de un asunto enojoso. El conde de Oriente, hombre muy cruel, había concebido una grande aversión contra su padre, muy conocido del Santo, y ponía todos los medios que estaban á su alcance para satisfacer su odio contra ellos. No cesaba de tenderles lazos, y temiendo que realizase su venganza, vinieron al Santo, para exponerle el peligro á que se hallaban expuestos. Siméon quiso asesorarse de la verdad, y vista la justicia de su causa, mandó á decir al conde que no los inquietase, porque los miraba como á hijos suyos. Este oficial tan hipócrita como cruel, creyó que fácilmente le engañaría con fingidas palabras, y le respondió que nunca había tenido intención de perjudicar á ninguna persona, y que haría en favor de aquellos jóvenes todo lo que desearan.

Llegado el tiempo de cuaresma, durante el cual sabía el conde que el Santo cerraba la puerta de su clausura, y que á nadie recibía, hizo comparecer ante su tribunal á los dos jóvenes, bajo la pena de ser encarcelados, si no comparecían. Para demostrarles el poco caso que hacía de san Simeón, añadió que podían participarle el resultado de su recomendación. Hicieronlo así, y el Santo, justamente indignado con un proceder tan grosero, le escribió en estos términos: « Me he dirigido una vez á vos, y lo hago la segunda, para exhortaros á que no hagais ningún mal á estos dos hermanos; de lo contrario, témed que os sobrevenga alguna desgracia, y os sean inútiles las recomendaciones de otros. »

El conde, tan obcecado como Faraón, dice Cosme, hizo comparecer ante una numerosa asamblea al que le había llevado la carta, y le dijo: « Dad esta respuesta á Simeón:

Sé que os vais á encerrar durante la cuaresma, para entregaros únicamente á la oración: yo tendré una gran satisfacción en que empleeis este tiempo en pedir á Dios que me sobrevenga el mal que os plazca, pues me preocupó muy poco de que le pidais algún bien en mi favor. « Al oír esta respuesta, bajó el Santo la cabeza, y sonriéndose, dijo: No es por él solamente por quién debo pedir, sino por mí y por todo el mundo, pero puesto que prefiere la maldición á la bendición, le acaecerá el mal que pide. « Encerróse la semana primera de cuaresma, y el miércoles siguiente se dejó sentir sobre aquel desgraciado la cólera de Dios. Se habían presentado al emperador y al gobernador varias quejas contra el conde, y en el día indicado se le detuvo en medio de la plaza, precisamente cuando atravesaba por ella seguido de un lujoso cortejo. Se le hizo bajar del carruaje: se le puso una cuerda al cuello y otra á los pies, y se le condujo por toda la ciudad hasta el tribunal del gobernador, quién le impuso una considerable multa pecuniaria, y lo encarceló.

Entonces conoció este desgraciado la falta que había cometido contra el Santo, y quiso repararla haciendo llamar á los dos jóvenes á quienes tanto había perseguido. Pidióles muy humildemente que se presentasen al Santo, y le rogasen que escribiese en su favor al emperador; pero ellos le respondieron, que aún cuando no podían dudar de la caridad del Santo, pero que sabía que la puerta de su clausura estaba entonces cerrada, y que no se le podía ver hasta que pasase la cuaresma. Encontróse, pues sin auxilio de persona alguna. Se le sacó de la prisión, y se le condujo al emperador, sufriendo durante el viaje toda clase de vejaciones. El emperador confiscó todos sus bienes, y lo desterró; pero murió en el camino víctima de la maldición que él mismo había pedido.

Acabamos de ver la severidad con que Dios castigaba á

los pecadores obstinados que despreciaban los avisos del Santo: veamos ahora las misericordias que derramaba sobre los idólatras que escuchaban dócilmente sus instrucciones, y se convertían á vista de sus prodigios. La conversión de los paganos del monte Líbano fué una consecuencia de sus milagros, y merece que relatemos sus circunstancias.

Cuando pasada la cuaresma, abrió la puerta de su celda, todo el mundo se apresuró á entrar, y entre esta multitud innumerable habia mucha gente de la aldea de Afsona, que se le presentaron para que implorase en su favor la protección divina. Habia invadido toda la campiña una cantidad prodigiosa de insectos hasta entónces desconocidos, y que no sólo atacaban las plantas y frutos, sino también los ganados, produciéndoles con sus afilados agujones unas picaduras tan dolorosas, qué, haciéndoles correr hacia todos lados, les dejaban caer en tierra llenos de cansancio. Cuando los tenían rendidos, les picaban en el vientre hasta descubrir las entrañas para devorarlas. Pero, lo que apénas puede concebirse, es que atacaban también á los niños, produciendo un zumbido semejante al gruñir de los puercos.

El Santo, á quién relataron esta plaga con las más conmovedoras frases, no pudo oirlas sin llenarse de compasión. Se detuvo un momento, como si dudase dar crédito á una cosa tan nueva, y con acento entrecortado por los gemidos y las lágrimas, les dijo: « Esto es un castigo de Dios, pero su misericordia no tiene límites. Tomad este polvo, y ponedle en nombre de Jesucristo en tres parajes de cada casa en forma de cruz. Haced lo mismo en los cuatro sitios principales de vuestra aldea, y en seguida pasareis tres noches en vigilia y oración: despues hareis celebrar los santos Misterios, y espero que el Señor os librárá de esta terrible plaga.

Regresaron llenos de confianza en las palabras del Santo, y tan luego como ejecutaron sus órdenes, desaparecieron los insectos.

Ya sea que la fama de este prodigio llegase hasta habitantes de las montañas del Líbano, ya sea que estos, afligidos por una desgracia mucho más grande, se determinasen, aunque idólatras, á recurrir al Santo, ello es que se les vió venir en tropel, y rodear la columna con gritos y lamentos, y pedirle la misma gracia que habia obtenido del cielo en favor de los Afsonitas. Habian aparecido súbitamente en su país unos animales, cuya piel era de diferentes colores, y que no se parecian á los tigres, ni á los lobos, ni á ninguna de las otras bestias feroces hasta entónces conocidas. Erraban en manadas por los campos, dando bramidos horribles, assolándolo todò, y dando muerte á todo lo que encontraban, hasta el punto que todos los dias eran víctimas de estas fieras dos ó tres personas. Nadie podia salir al campo sin exponerse á una sorpresa, y era necesario que se reuniesen muchos hombres y con muy buenas armas para defenderse: pues estos crueles animales fingian huir ante ellos, y cuando estaban desprevenidos, caian en tropel, y los devoraban. Entraban también en las aldeas, y quitando á los niños de los brazos de sus madres y nodrizas, los destrozaban y devoraban á su vista, sin que nadie se atreviese á ahuyentarlos. Por último, ya sea que estas gentes quisiesen exagerar su desgracia para excitar la compasión del Santo, ya sea que el mismo horror agrandase en sus imaginaciones el mal, decian que estos animales no se mostraban siémpre bajo una misma forma sino que algunas veces se les veia correr por las campiñas bajo la figura de mujeres de desgñada cabellera, lanzando gritos horribles y espantosos.

San Siméon les escuchó con mucha caridad, pero aparentando dudar de lo que decian, se sirvió de sus mismos